



La Santa Sede

ESTACIÓN CUARESIMAL PRESIDIDA POR EL SANTO PADRE
EN LA BASÍLICA DE SANTA SABINA, ROMA

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Miércoles de Ceniza, 8 de marzo de 2000

1. "Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu" (*Sal 50, 12-13*).

Así reza hoy, miércoles de Ceniza, el salmista, el rey David: rey grande y poderoso en Israel, pero a la vez frágil y pecador. La Iglesia, al inicio de estos cuarenta días de preparación para la Pascua, pone sus palabras en labios de todos los que participan en la austera liturgia del miércoles de Ceniza.

"Oh Dios, crea en mí un corazón puro, (...) no me quites tu santo espíritu". Esta invocación resonará en nuestro corazón cuando, dentro de poco, nos acerquemos al altar del Señor para recibir, conforme a una antiquísima tradición, la ceniza sobre nuestra cabeza. Se trata de un gesto de gran significado espiritual, un signo importante de conversión y renovación interior. Es un rito litúrgico sencillo, si se considera en sí mismo, pero muy profundo por el contenido penitencial que entraña: con él la Iglesia recuerda al creyente y pecador su fragilidad frente al mal y, sobre todo, su total dependencia de la majestad infinita de Dios.

La liturgia prevé que el celebrante, al imponer la ceniza sobre la cabeza de los fieles, pronuncie las palabras: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás" o "Convertíos y creed el Evangelio".

2. "Acuérdate de que... al polvo volverás".

La existencia terrena desde el inicio está insertada en la perspectiva de la muerte. Nuestros cuerpos son mortales, es decir, están marcados por la ineludible perspectiva de la muerte. Vivimos teniendo ante nosotros esa meta: cada día que pasa nos acerca a ella con una progresión inevitable. Y la muerte encierra en sí algo de aniquilación. Con la muerte parece que todo acaba para nosotros. Y he aquí que, precisamente ante esa triste perspectiva, el hombre, consciente de su pecado, eleva un grito de esperanza hacia el cielo: "Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu".

También hoy el creyente, que se siente amenazado por el mal y por la muerte, invoca así a Dios, consciente de que le está reservado un destino de vida eterna. Sabe que no es solamente un cuerpo condenado a la muerte a causa del pecado, sino que tiene también un alma inmortal. Por eso, se dirige a Dios Padre, que tiene el poder de crear de la nada; a Dios Hijo unigénito, que se hizo hombre por nuestra salvación, murió por nosotros y ahora, ya resucitado, vive en la gloria; y a Dios Espíritu inmortal, que llama a la existencia y devuelve la vida.

"Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme". La Iglesia entera hace suya esta oración del salmista. Son palabras proféticas, que penetran en nuestro espíritu durante este día singular, el primero del itinerario cuaresmal que nos llevará a celebrar la Pascua del gran jubileo del año 2000.

3. "Convertíos y creed el Evangelio". Esta invitación, que encontramos al inicio de la predicación de Jesús, nos introduce en el tiempo cuaresmal, tiempo que se ha de dedicar especialmente a la conversión y a la renovación, a la oración, al ayuno y a las obras de caridad. Recordando la experiencia del pueblo elegido, nos disponemos a recorrer nuevamente el mismo camino que Israel siguió a través del desierto hacia la tierra prometida. Llegaremos también nosotros a la meta; después de estas semanas de penitencia, experimentaremos la alegría de la Pascua. Nuestros ojos, purificados por la oración y la penitencia, podrán contemplar con mayor claridad el rostro del Dios vivo, hacia el cual el hombre orienta su peregrinación por los senderos de la existencia terrena.

"No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu". Este hombre, que no ha sido creado para la muerte sino para la vida, ora precisamente así. Consciente de sus debilidades, camina sostenido por la certeza del destino divino.

Quiera Dios todopoderoso escuchar las invocaciones de la Iglesia, que, en esta liturgia del miércoles de Ceniza, se dirige a él con mayor confianza. El Señor misericordioso nos conceda a todos abrir nuestro corazón al don de su gracia, para que podamos participar con nueva madurez en el misterio pascual de Cristo, nuestro único Redentor.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana